

co Rodrigo Morejon de Lobera, con ocho soldados, seis ballestas mucho hilo para cuerdas y una yegua, conduciendo además algunos víveres; cautivados de la misma manera que la compañía de Barba, también fueron remitidos á Tepeyacac. (1) Bien cortos en realidad eran aquellos refuerzos; servían no obstante para ir alentando á los medrosos. Bien desdichado era el Diego Velázquez, pues sólo atinaba en agotar los propios recursos, acrecentando con ellos el poderío de su aborrecido cuanto afortunado contrario.

Por este tiempo Francisco de Garay había emprendido nueva expedición á Pánuco. Al efecto reunió una cuadrilla de tres carabelas al mando del capitán Diego Camargo, con 150 hombres de mar y tierra, siete de á caballo, alguna artillería y los materiales para fabricar una fortaleza. Llegados al Huastecapan subieron el río Pánuco hasta siete leguas, fondearon cerca de unos pueblos y la gente saltó en tierra. Recibieronlos los naturales amigablemente; mas después de cierto tiempo, sea que se cansaran de mantener á sus huéspedes, ó que éstos abusaran de la hospitalidad como sabían, los huasteca tomaron las armas, desbarataron en el pueblo de Chilla á los blancos, persiguieron por tierra á los desembarcados, por el río en sus canoas á las carabelas, hasta echarlos á todos fuera de la tierra: perdidos los siete caballos y diez y ocho peones, ida á pique una nao, los de tierra, aunque estropeados y heridos, se arrojaron al agua teniendo que salvarse á nado en las dos restantes carabelas. Sin víveres, pues no tuvieron tiempo de tomarlos, dieron la vela siguiendo la costa en busca de la Villa Rica, ya conocida desde la expedición anterior. Prefiriendo muchos el combatir contra los indios, que morir de hambre en las naos, desembarcaron los sanos, quedando en las carabelas los heridos y enfermos. No llegaba aún por ahí la noticia del desbarato de los teules en México, ó bien los naturales guardaban la fé prometida, lo cierto es que, los moradores de aquellos sitios dieron de comer á los castellanos, los condujeron por la costa hasta Nauhtla, en donde les aprovisionaron abundantemente, llevándolos luego sanos y salvos á la Villa Rica. Una de las carabelas se anegó cuatro leguas ántes de llegar á la Villa, si bien la gente quedó salva en la otra nao, ésta llegó á la Vera Cruz, y diez

(1) Berandí Daz, cap. CXXXI.

días después se perdió también en la mar. (1) Aquellos naufragos se alistaron bajo la bandera de Cortés y vinieron á Tepeyacac; llegaron muy enfermos, luego murieron algunos, entre ellos, según parece, el mismo Diego Camargo de quien se decía era fraile dominico: "y entónces por burlar les llamamos y pusimos por nombre los punsaverdetés, porque traían los colores de muertos y las barrigas muy hinchadas." (2)

Hacia Octubre llegó al puerto de la Villa Rica otra carabela, enviada por Garay en socorro de las anteriores; mandábala Miguel Díaz de Auz, aragones, quien traía á sus órdenes cincuenta peones y siete caballos. Llegado á Pánuco permaneció ahí como un mes, y como nunca viera gente infirió estar despoblada la tierra; pensó entónces en volverse, más careciendo de bastimentos tomó el rumbo de la Veracruz para demandarlos. Dió aviso de que otros dos navíos venían en su seguimiento, los cuales no habiendo sido vistos, tal vez habrían pasado la costa abajo; el comandante del puesto envió en busca de aquellos, la misma carabela de Díaz de Auz. Hombres de mar y de guerra se quedaron con Cortés, y al unirse al ejército en Tepeyacac, por venir gordos y lucios les apellidaron los de los lomos récios. (3)

Mientras la carabela buscaba inútilmente por la mar, tercera nave de Garay llegó á la Villa Rica, con hasta ciento veinte peones mandados por un Ramírez, por sobrenombre el Viejo. Habló éste con las gentes de su bando que ahí estaban, quienes le aseguraron no fuese á Pánuco porque sería desbaratado; insistía no obstante Ramírez en cumplir su consigna, cuando un récio viento rompiendo las amarras llevó la nao hasta San Juan de Ulúa, maltratándola bastante. Con esto la gente tuvo que desembarcar, así como los catorce ó diez y seis caballos que traían, sacando á la costa la nao porque hacía mucha agua. La gente vestía los gruesos sayos de algodón usados como armaduras contra los indios, á cuya causa les pusieron sobrenombre, los de las albardillas. "El Francisco de Garay no había sino echar unos navíos tras de otros al perdido, y todo era fa-

(1) Navarrete, Colección de viajes y descubrimientos, tom. III, págs. 66 y sig.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XVIII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXIII.

(3) Cartas de Relac. pág. 167—68.—Bernal Díaz, cap. CXXXIII.

“vorecer y enviar socorro á Cortés, tan buena fortuna le ocurría, “y á nosotros era de gran ayuda.” (1) La segunda carabela no pareció.

Suponen algunos haber tal magia en el nombre de D. Hernando, que apenas oído por los aventureros se apresuraban á entregarsele, aun cuando estuvieran al servicio de otro capitán. No hay pruebas para fundar el aserto. Conocemos la manera en que se quedó con la armada; los barcos de Velázquez llegados después al puerto fueron sorprendidos; los de Garay no pudieron volver á Jamaica por la pérdida de sus naos, ya por siniestros de la mar, ya por industrias de los de la Villa Rica. Ni el conquistador ni sus partidarios hacían escrúpulo en apoderarse de aquellos elementos, y aun así: “Quejábase Cortés, que Francisco de Garay le divertía de sus empresas, y le inquietaba la tierra que tenía pacífica: y suplicaba al rey no le permitiese, ni que otro ningun capitán le fuese á perturbar, pues llevaba de tal manera encaminadas las cosas de su servicio, que resultaría de ello mucha gloria y honra á Dios, y utilidad á su corona.” (2)

Con aquellos refuerzos salieron de Segura de la Frontera algunas expediciones destinadas á domeñar la comarca, combatiendo las guarniciones de los méxicos. Cristóbal de Olid, al frente de algunos caballos y peones marchó contra los dos pueblos de Quecholac y Tecamachalco al E. y S. E. Los moradores salieron armados al campo con sus mujeres ó hijos; requeridos para que no combatesen, bajo la amenaza de ser destruidos, soltaron las armas y se estuvieron quedos. Llevados á la villa de Segura, sentado Cortés en una silla de caderas, mandó apartar á un lado los guerreros y al lado opuesto las mujeres y los muchachos: aquellos, en número considerable, fueron pasados á cuchillo, mientras estos fueron herrados como esclavos, parte vendidos, el resto repartidos por los soldados.” (3)

Los de Cuauquechollan (4) enviaron mensajeros á la villa, que-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXIII.—Cartas de Relac. págs. 179—80.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XVIII.

(3) Proceso de Cortés. Bernaldino Vázquez de Tapia, tom. 1, pág. 59.—Antonio Serrano de Cardona, tom. 1, pág. 199.—Br. Alonso Pérez, tom. 2, pág. 84.

(4) Hoy Huaquechula ó Guaquechula, Estado de Puebla; es población diversa de Quechula ó Quecholac en el mismo Estado.

jándose de la guarnición méxica, la cual, decían, no sólo les tomaban sus haciendas, sino sus mujeres ó hijas para deshonrarlas; habitaban en su pueblo algunos capitanes culhua; y no lejos estaba situado un campamento de 30,000 guerreros, quienes cometían grandes depredaciones é impedían á los de la comarca venir á someterse. Escuchada la queja, D. Hernando nombró por capitanes de la entrada á Diego de Ordaz y Alonso de Avila, dándoles trece jinetes, doscientos peones y treinta mil aliados. Para hacer la empresa fácil, los quejosos indios se concertaron, en que al estar cerca el ejército de los blancos, los del pueblo caerían sobre los capitanes méxicos prendiéndolos y matándolos, en tanto los invasores penetraban en la población sin resistencia, se apoderaban de ella y de dentro podrían rechazar á los méxicos si venían á socorrerla. Cuauquechollan, de cinco á seis mil vecinos con otros tantos en su comarca, estaba situada en el llano, arrimada á una altura áspera, cercada por dos rios no muy distantes entre sí, de lechos profundos y pasos difíciles: cercábalas un muro de cal y canto de cuatro estados de alto á la parte exterior, por dentro á la raíz del suelo, coronada de un pretil de medio estado para pelear, con sólo cuatro entradas angostas á uso de su arquitectura militar.

Ordaz tomó camino por Cholollan; estando en un pueblo de la jurisdicción de Huexotzinco, los naturales del lugar le dijeron que los de Cuauquechollan, en concierto con los culhua y huexotzinco los llevaban á la ciudad para matarlos; creyólo el capitán, entróles miedo á los soldados de Narvaez, confirmándose en aquellos dichos por las pesquisas que practicaron. Ordaz prendió á los de Huexotzinco, y á los mensajeros que le conducían, retrocedió á Cholollan y de ahí con buena guarda remitió los sospechosos á la villa. La verdad era que los castellanos estaban amedrentados, y parecían empresa muy peligrosa, apoderarse de una ciudad fuerte, protegida por un grueso escuadrón de tropas exteriores. Convencido de ello el general, después de prolijas informaciones, en que constó la inocencia de los acusados, puso á éstos en libertad, los satisfizo además y no queriendo retroceder ante la dificultad, marchó á Cholollan á ponerse al frente de la hueste.

Tomando por el camino ántes andado, D. Hernando llegó al pueblo en donde se había dado la falsa noticia, saliendo al siguiente día para Cuauquechollan una hora ántes de amanecer. A las diez

de la mañana, media legua antes de la ciudad vinieron mensajeros avisando estar la traición bien lograda; nada habían advertido los culhua, porque ellos habían aprisionado á los espías puestos en el camino y á las velas colocadas en lo alto de los teocalli. La hueste se adelantó rápidamente, los moradores al divisarla tomaron de improviso las armas, cayeron sobre los guerreros dispersos por las calles, rodearon los aposentos y atacaron á los capitanes culhua, alcanzando tal fortuna, que aún no entrados los castellanos salieron á su encuentro con cuarenta prisioneros. Al penetrar los blancos por la ciudad se oía gran grito por las calles, peleándose por todas partes; aunque sorprendidos, los capitanes mexicana combatían briosamente contra más de tres mil de los habitantes sin dejarles tomar el aposento; pero los de Cortés forzaron la entrada, pasando á cuchillo á cuantos allí encontraron. Quisiera el general salvar á alguno, para informarse de lo que en México pasaba; mas como sin excepción todos prefirieron morir á rendirse, sólo pudo ser aprisionado un capitán más muerto que vivo.

Los del vecino campamento, que por estar sobre una altura descubrieron cuanto en la ciudad pasaba, acudieron en su auxilio, dando en el llano con los fugitivos; sin amedrentarse por ello penetraron en los suburbios, poniendo fuego á las casas y acuchillando á los moradores. Salió á hacerles frente D. Hernando con la caballería y los aliados, pues los peones estaban muy cansados, no obstante ser aquellos guerreros culhua de los más briosos y lucidos, no pudieron resistir el empuje de los jinetes; retiráronse á defender á un lugar fuerte, mas fueron presto desalojados, poniéndose en retirada hacia su campamento. La cuesta arriba era tan agria, "que cuando acabamos de encumbrar la sierra, ni los enemigos ni nosotros podíamos ir atrás ni adelante; é así cayeron muchos de ellos muertos y ahogados de la calor, sin herida ninguna, y dos caballos se estancaron, y el uno murió; y de esta manera hicimos mucho daño, porque ocurrieron muchos indios de los amigos nuestros, y como iban descansados, y los contrarios casi muertos, mataron muchos." (1) En la cima de los cerros estaba el campamento, en el cual se encontraban fuera de armas y vituallas, gran número de esclavos y de ricos despojos; todo fué puesto á saco y quemado, per-

(1) Cartas de Relac. pág. 160.

siguiendo á los fugitivos aún mas allá de unos malos pasos. Los vencedores retornaron á Cuahuquechollan, en cuya ciudad descansaron tres días: es muy de notar, que los voluntarios merodeadores puestos en seguimiento del ejército eran más de cien mil. (1)

Frente de aquella victoria fué la sumisión de Ocutuco, pueblo situado al pié del Popocatepec. Los moradores se rindieron, dando por disculpa de no haberse presentado antes, que su señor se lo impedía; pero lo ejecutaban ahora estando libres, pues su principal había huido á México siguiendo á los culhua; suplicaban al general depusiese del señorío al fugitivo, poniendo en su lugar á un hermano suyo. Díjoles Cortés, que si por la rebelión merecían tremendo castigo, los perdonaba á condición de no volver á cometer el mismo yerro; accediendo á cuanto pedían, quedaba destituido el antiguo señor, quedando para siempre en su lugar el ahora nombrado. (2) Así los malos instintos de las turbas, las ambiciones personales, la falta de patriotismo de las tribus, desmoronaban la nacionalidad nahoa, prestando sus fuerzas á los conquistadores blancos.

De Cuahuquechollan marchó el ejército contra Itzocan, (3) ocupada por una guarnición mexicana. Situada la ciudad en un llano, cerca de unas alturas en donde había una fortaleza, la defendía un río y estaba cercada de una buena muralla. Los merodeadores que seguían al ejército iban acudiendo en tanta multitud, "que casi cubrían los campos y sierras que podíamos alcanzar á ver: é de verdad había más de ciento y veinte mil hombres." (4) Las mujeres y los niños fueron sacados de la plaza; la guarnición compuesta de unos seis mil guerreros mexicana, no pudo defender la entrada; siguió peleando en las calles, y al fin fué arrojada al río por encima de los adarves. Aunque las puentes estaban quebradas, los blancos franquearon la corriente persiguiendo á los fugitivos por más de legua y media. La población fué puesta á saco, quedaron los mora-

(1) Cartas de Relac. pág. 156-162.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XVI—Bernal Díaz, cap. CXXII, refiere la conq. de Cuahuquechollan de distinta manera, asegurando que Cristóbal de Olid remató el hecho: preferimos la autoridad de D. Hernando, quien escribió su relación en días muy inmediatos á los sucesos.

(2) Cartas de Relac. pág. 161. Cortés llama al pueblo Ocupatingo.

(3) Izzucan, de Cortés: Ozucar, de Bernal Díaz.—En la actualidad, Izúcar de Matamoros en el Estado de Puebla.

(4) Cartas de Relac. pág. 162.

dores reducidos á esclavitud, los cien teocalli quemados y reducidos á escombros. D. Hernando hizo repoblar la destruida puebla, y le dió de su mano nuevo señor. El antiguo, culhua de origen y aún pariente de Motecuhzoma, huyó á México con la guarnición: dos pretendientes disputaban el mando, no obstante lo cual D. Hernando le confirió á un niño de diez años, dejándole por tutores á un tío bastardo, y tres nobles, uno de Cuauhquechollan y dos de Itzocan. (1)

El sistema adoptado por el conquistador producía sus frutos. Los pueblos que resistían eran talados y destruidos, los que se sometían se admitían á los provechos de la merodeación en la guerra franca: entre ambos extremos el egoísmo individual dejaba de lado los intereses de la patria y la multitud baldía se apresuraba á contribuir á la destrucción ajena, preparando la propia. Al rumor de aquellas victorias vinieron á ofrecerse por vasallos, "el señor de una ciudad que se dice Guaxocingo, y el señor de otra ciudad que está á diez leguas de esta de Izzucan, y son fronteras de la tierra de México." (2) Acudieron igualmente los ocho pueblos de la provincia de Coaixtlahuacan, (3) reconocidos ya para buscar oro, cercanos á Zozolla y Tamazolian. (4) De cada día venían nuevas sumisiones, para aumentar el poderío de los blancos. Dejada sujeta la provincia, el general retornó á Segura de la Frontera.

No perdía de vista D. Hernando el volver sobre México. Los nuevos refuerzos habían engrosado un tanto sus mermadas fuerzas, y si estas por sí solas no serían suficientes para tentar la empresa, resultaban sobradas atendiendo al número de los aliados y los recursos que podrían suministrar las provincias sometidas. Presentando muy serias dificultades combatir á Tenochtitlan, sólo por las calzadas, un cálculo prudente le hizo comprender la necesidad de

(1) Cartas de Relac. pág. 162.—64.

(2) Cartas de Relac. pág. 165.—Debe haber en estas frases alguna equivocación, Guaxocingo, es decir, Huexotzinco hacía tiempo atrás era aliada de los blancos. Tal vez se refiera el conquistador á Xilotzinco ó á otro pueblo de la misma estructura ortográfica, imposible de determinar por sólo las noticias del texto.

(3) Cortés escribe Coastoaca y los anotadores de las cartas ponen, "Es Oaxaca." Coaixtlahuacan es pueblo perteneciente al Estado de Oaxaca.

(4) Ambos pueblos corresponden hoy al Estado de Oaxaca. Se engañan notablemente los comentadores de las Cartas de Cortés en Lorenzana, poniendo: "Tamazula está en la provincia de Sinaloa á la Costa del Sur."—Es otro Tamazula.

enseñorearse de las aguas de los lagos; al efecto, el carpintero de ribera Martín López, marchó á Tlaxcalla con orden de construir trece bergantines, semejantes á los construidos antes en México. Meditaba igualmente, con el oro y despojos recogidos en las entradas, enviar cuatro naos á la isla de Santo Domingo á fin de comprar armas, caballos y reclutar gente: pretendía también comprar otros barcos para proporcionarse de las islas toda especie de socorros. Como los oficiales reales podrían ponerle impedimentos, escribía en lo particular al Lic. Figueroa, rogándole no pusiese obstáculo alguno. (1)

De todos estos sucesos dió cuenta cumplida al rey, en carta fechada á treinta de Octubre, en Segura de la Frontera. Aunque el nombre de Nueva España estaba admitido entre los castellanos, habiendo sido puesto por los de la expedición de Juan de Grijalva, en esta ocasión se pedía se confirmara oficialmente. "Por lo que yo he visto y comprendido, dice, de la similitud que toda esta tierra tiene á España, así en la fertilidad, como en la grandeza y frios que en ella hace, y en otras muchas cosas que le equiparan á ella, me pareció, que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del Mar Océano: y así en nombre de V. M. se le puso aqueste nombre; humildemente suplico á V. A. lo tenga por bien y mande que se nombre así." (2) Escribió también el regimiento de la Villa, firmando la carta todos los castellanos, á la sazón en la puebla, cosa que hace muy interesante el documento, ya que bajo el aspecto histórico no es de tan cumplido interés. (3)

La carta fué remitida á España con Alonso de Mendoza, quien no salió de las costas de México, hasta el cinco de Marzo 1521, á causa de los tiempos contrarios que hicieron perderse las tres naves

(1) Cartas de Relac. pág. 166.—67.

(2) Cartas de Relac. pág. 169.

(3) La carta de Cortés, impresa por primera vez en Sevilla, por Juan Cronberger, á ocho de Noviembre 1522, es la conocida en las colecciones bajo el nombre de Segunda relación. La carta del ejército, aunque carece de la fecha y aún de la antefirma, por el contexto indica, haber sido escrita en la misma Segura de la Frontera. Se la encuentra en la Colección de docum. para la Hist. de México, de D. Joaquín García Icazbalceta tom. 1, pág. 427.